

Grupo juvenil “Las Lolitas”, el transcurrir de lo insólito

Actas de Diseño (2020, julio),
Vol. 31, pp. 171-177. ISSN 1850-2032.
Fecha de recepción: julio 2015
Fecha de aceptación: julio 2016
Versión final: julio 2020

Sandra Amelia Martí y Enrique Bonilla Rodríguez (*)

Resumen: Este texto concentra su mirada en la ciudad, como espacio que alberga a grupos sociales con peculiares formas de pensar, sentir y obrar. Específicamente se observa y entrevista a una comunidad de jóvenes del Distrito Federal, México, las denominadas Lolitas, las cuales son representativas de los nuevos grupos urbanos que pertenecen a sistemas de mundialización social. Observamos cómo estos jóvenes interactúan en aquellos espacios urbanos donde se reúnen y en los cuales ellos mismos suscitan variados movimientos y ocupaciones transitorias que dan lugar a mapas móviles. La ciudad de las Lolitas es parte de la atmósfera urbano-cultural que se exhibe nómadamente.

Palabras clave: Ciudad - urbano - jóvenes - cuerpo - movilidad.

[Resúmenes en inglés y portugués y currículum en p. 177]

Introducción

“La cultura oficial sale a tu encuentro,
pero al underground tienes que ir tú”.
Frank Zappa

La ciudad y sus acontecimientos son un lugar de constantes relecturas. Tal visión se ha gestado por el aporte de numerosos colegas y autores como Manuel Delgado, Michael Maffesoli, Sergio Tamayo, Amos Rapoport y Renato Ortiz.

El fenómeno que analizamos es propio de las grandes urbes. Tiene su origen en Tokio, Nagoya y Osaka, y, posteriormente (aunque no necesariamente en ese orden progresivo), habita en Beijing, Seúl, Singapur, Madrid, París, California, Nueva York, Sao Paulo, Río de Janeiro, Caracas, Copenhague, Roma, Barcelona, Berlín, Moscú, Bogotá, Buenos Aires, Santiago de Chile, etc. Es ahora el Distrito Federal (México), la ciudad seleccionada para observar su desarrollo.

Desde una perspectiva cercana a la antropología visual, la trama del trabajo hilvana y entrecruza múltiples miradas: la mirada etnográfica, la mirada fotográfica y el uso del video. Concordamos en que mirar siempre implica una expectativa de significado (Berger, 1998), pues cada vez que miramos ponemos en marcha todo el bagaje cultural y social que nos conforma: siempre miramos desde un lugar particular, desde una cultura singular. Mirar es actuar. Nos recuerda Sara Makowsky “mirar requiere siempre de un sujeto activo que despliega en cada acto de la mirada un conjunto de competencias culturales y visuales” (2004).

Esta mirada selecciona, dentro de la pluralidad de la vida pública, a un sector de habitantes de la ciudad de México que generan conceptos de cultura e identidades múltiples, mediante el seguimiento de ciertas prácticas y representaciones sociales. Todo lo cual fue observado mayormente en un parque público, bajo la forma de un encuentro focalizado en la recreación, distracción y juegos, durante las horas de descanso o esparcimiento.

Nos referimos a un sector juvenil que recibe el nombre de las Lolitas. Una de las jóvenes entrevistadas comenta:

Los vestidos que usamos y el nombre Lolita no tienen nada que ver con la parte sensual que se le atribuye a la novela *Lolita* del escritor Vladimir Nabokov. La palabra Lolita en occidente significa “niña sexualmente activa atraída por hombres mayores”... Pero en Japón toma un significado diferente; se utiliza el término para referirse a una persona inocente, femenina, como una muñeca. La idea es exhibirnos en la ciudad con apariencia inocente, no sexual (Akari, 2009).

Derivan de la cultura japonesa y el estilo *postpunk*. Algunos de sus subgéneros son los *kodonas*, *decoras* y otros que explicaremos a lo largo del trabajo. Fueron estudiadas en espacios urbanos, es decir, aquellos que suscitan variados movimientos y ocupaciones transitorias que dieron lugar a mapas móviles y sin bordes.

En el Distrito Federal, son varios los lugares de encuentro de estas comunidades, pero es en el Parque Hundido (propriadamente el Parque “Luis G. Urbina”, situado sobre Avenida Insurgentes, entre calles Millet y Porfirio Díaz), perteneciente a la Delegación Benito Juárez, donde hemos concentrado la búsqueda de información, desde principio del 2008, hasta finales del 2009. Tras algunos sucesos, esta comunidad actualmente, se congrega en distintos sitios de la ciudad de México.

Seleccionamos a las Lolitas como objeto de estudio porque es un grupo fundamentalmente comandado por mujeres, lo cual es poco común en la conformación de las subculturas juveniles. También por documentar una de las comunidades quizá más jóvenes de la cultura *underground* de México (sus edades oscilan entre los 13 y los 22 años); explorar y observar los ámbitos por donde se manifiestan y proliferan, desde la intensidad de sus flujos culturales tanto a escala regional como global. Examinaremos sus posturas eclécticas, manifestadas en sus apariencias atemporales, logrando la fusión de diversas modas; todo lo cual lo manifiestan en el espacio público como metáfora de una ciudad rebelde e inestable.

Analizaremos, por tanto, los niveles de visibilidad urbana que procura tener este sector de jóvenes, históricamente rechazados y desplazados de diferentes lugares de la ciudad por su condición voluntaria de asumir una nueva apariencia, identidad o identificaciones múltiples. Por supuesto que al decir nueva identidad, nos referimos en primer término al acto de transformación individual, teniendo en cuenta que como “estilo” desde luego no es nuevo, dado que surge de una fuerte influencia de un determinado tipo de identidad que se gesta en Japón. Asimismo consideramos necesario distinguirlos simbólicamente de otros sectores juveniles, atendiendo a sus características de confrontación inédita, para ahondar en su acto de “crear un estar juntos”. Ello, tras responder a la pregunta: ¿qué es lo que tienen en común y qué es lo que los une? No obstante, como ya se advirtió, este trabajo concentra principalmente su interés en la ciudad, en relación con la itinerancia urbana de esta comunidad juvenil que habita un territorio flotante. Se estudia así a la ciudad comprendida como un escenario, un dispositivo abierto que alberga a estos jóvenes: principales protagonistas que revitalizan los espacios públicos. Para ello revisamos conceptos que sobre las comunidades juveniles y las tribus urbanas ya han externado autores que nos preceden en estas búsquedas.

Ciudad concebida a la ciudad practicada

La ciudad nos permite ensayar muchas maneras de conceptualizarla, y ha sido analizada y descrita como sistema social, como sistema económico o como sistema político. Asimismo ha sido considerada como obra de arte, como instrumento de comunicación o como artefacto histórico, y en cada caso se ha elaborado un análisis específico (Rapoport, 1978).

La ciudad y lo urbano son considerados como síntesis de la transformación espacial y lugar en el que las actividades humanas alcanzan su mayor nivel: el espacio transformado por excelencia. La ciudad contemporánea consta de un conjunto de maneras de vivir en espacios urbanizados –la cultura urbana propiamente dicha– y la estructuración de las territorialidades urbanas, es decir la cultura urbanística. En cuanto a la distinción entre la ciudad y lo urbano, Henri Lefebvre (1978, p.61) señala:

La ciudad es un sitio, una gran parcela en que se levanta una cantidad considerable de construcciones, encontramos desplegándose un conjunto complejo de infraestructuras y vive una población más bien numerosa, la mayoría de cuyos componentes no suelen conocerse entre sí. Lo urbano no es la ciudad, sino las prácticas que no dejan de recorrerla y de llenarla de recorridos; la obra perpetua de los habitantes a su vez móviles y movilizadas por y para esa obra.

Agregaríamos que la ciudad engendra conceptos de cultura. Para el mismo Rapoport (1978), la cultura se apoya en un sistema común de creencias y de valores, aprendidos y transmitidos, los cuales orientan hacia determinados estilos de vida. Esta construcción denota la organización del espacio, el tiempo, los objetos y los lenguajes. Así, por

ejemplo, la vivienda, la diversión, las formas de recreación, los ciclos de actividades, o bien las preferencias, las gestualidades, los vestidos o los lenguajes, nos reflejan aspectos de la identidad social.

La ciudad es, por tanto, una amalgama de espacios creados mediante una alquimia política, económica y social; en ella, a su vez, se crean tramas y sistemas culturales que son la combinación de elementos materiales y espirituales organizados en una lógica cualquiera, no siempre comprensible. Estos elementos se distinguen como el conjunto articulado de formas de pensar, sentir y obrar, y adquieren, al decir de Mircea Eliade (2001), la ineludible función de caracterizar la vida de un grupo social, sus mitos, sus creencias, sus costumbres y, por consiguiente, su arte. Esta alquimia política, económica y social, junto con la morfología de una ciudad, puede animar o desalentar a la cultura urbana de la ciudadanía, teniendo en cuenta particularmente que es el sujeto quien hace de la ciudad un espacio habitable o, en caso de que no tenga conciencia de ciudadanía, un lugar de conflicto. A su vez, las decisiones colectivas convierten al paisaje urbano en algo original que nos permite decir, por ejemplo, si tal ciudad es mexicana o no. Señala Rapoport que cada medio ambiente es diferente, debido a que cada grupo tiene muchas alternativas, y la oportunidad de escoger diferentes soluciones. Este sistema de selección o de decisión afecta también otros aspectos del comportamiento y del significado: la manera a través de la cual la gente se interrelaciona, sus distancias proxémicas o sus preferencias por determinados sabores y colores. Esto significa que los lugares urbanos pertenecientes a distintos grupos sociales tienen significados, simbolizan e indican identidades y que, por lo tanto, no son meros receptáculos de actividad.

El espacio urbano, como casi todo espacio, es el resultado de un determinado sistema de relaciones, en este caso relaciones sociales, cuya característica singular es que el grupo humano que las protagoniza no es tanto una comunidad estructuralmente organizada, sino más bien una proliferación de marañas relacionales compuestas de usos, impostaciones, rectificaciones y adecuaciones mutuas, las cuales van emergiendo a cada momento. Es, de esta manera, un agrupamiento polimorfo e inquieto de cuerpos humanos que solo puede ser observado en el instante preciso en que se coagula, puesto que está destinado a disolverse de inmediato.

Esa modalidad singular del espacio social es escenario y producto de lo colectivo, algo que se hace a sí mismo, un territorio desterritorializado en que no hay objetos sino relaciones diagramáticas entre objetos, bucles o nexos sometidos a un estado de excitación permanente y hechos de simultaneidad y confluencia (Delgado, 2007). Es, por tanto, una mera actividad, una acción interminable cuyos protagonistas son esos usuarios que reinterpretan la forma urbana a partir de las maneras en que pueden acceder a ella.

Al caminar y recorrer la ciudad, algunos habitantes se cruzan con otros múltiples habitantes y mutuamente imaginan como viven esos “otros”. La diferenciación de funciones, significados y valores en la ciudad, es jerárquica y heterogénea. Un espacio puede ser deseado por un grupo e indeseable para otro. La gente se agrupa

por sus gustos y los expresa simbólicamente, dado que los símbolos son un medio importante de transmitir y condensar ideas e información.

Aventuramos de este modo que, en la medida en que el espacio constituye un escenario y es utilizado como tal por un grupo que se representa a sí mismo simbólicamente, los objetos y acontecimientos existentes en su interior han de poseer una unidad estética que represente el universo simbólico de esa comunidad.

Hablar del espacio como escenario implica establecer una analogía con el teatro. Las sociedades generan sistemas de comunicación a partir de (y mediante) los cuales se transmiten sus patrones ideológicos. Esta comunicación ha de llevarse a cabo durante un tiempo concreto y en un marco físico. Deben entonces crearse una serie de escenarios suficientes para que sus componentes lleven a cabo estas representaciones. A su vez, el espacio instrumentalizado como escenario infiere que la estética espacial posee una carga ideológica en relación con la comunidad que lo utilice, y que toma en cuenta también el cómo y el con qué finalidad se haga. Deviene, de esta suerte, comprender a la Ciudad de las Lolitas como un teatro de operaciones móviles.

Comunidad de estudio

La humanidad, a lo largo de su historia y mediante sus diferentes manifestaciones culturales, ha ido expresándose al transformar los espacios que ha poblado. La estética urbana ha reflejado siempre los cambios de la fisonomía cultural y social. Según José Fernández Arenas (1998) cada nuevo grupo que detenta el poder eleva en la ciudad sus monumentos, cada nuevo dios quiere tener su templo, cada invasión que sufre, cada invento o técnica que aparece, modifican inmediatamente el ritmo, la imagen y las costumbres de la ciudad y sus habitantes. Así como también un aumento de riqueza o el contacto con nuevos pueblos incide en la aparición de modas, formas de decorar o de vivir, etcétera.

Intentemos, entonces, dar cuenta de las modificaciones de las costumbres de la ciudad y sus habitantes, que protagonizan las colectividades de jóvenes que habitan en la capital de la República Mexicana, y que se encuentran ahora fuertemente vinculados con la cultura contemporánea japonesa.

Japón es una nación territorialmente mucho más pequeña que México, si bien alberga a más de 127 millones de habitantes, la vida en sus ciudades resulta de lo más agitada, y sus habitantes viven rápidamente bajo presiones constantes de mucho estrés. Por ello no es raro encontrar grupos juveniles ansiosos por salir de esa agobiante cotidianidad, desde luego de las más disímolas maneras. El parangón con lo que pasa en las grandes urbes, específicamente las mexicanas, resulta, de entrada, de lo más pertinente. El último ingreso de la cultura popular japonesa en México, fundamentalmente mediante el *anime* (dibujos animados de caricaturas) y el *manga* (palabra japonesa que significa garabato, utilizada para designar la historieta en general), se difundió principalmente gracias a la globalización y los avances tecnológicos de los medios de comunicación, especialmente la televisión e Internet.

Este material oriental, resultó ser exitoso en varios sectores de la población por su gran diversidad, ofreciéndole al público historias y personajes con los que se pudiera identificar fácilmente, además de ser una fuente importante para la divulgación de las costumbres del pujante país, entre otras cosas líder en cuanto a la producción tecnológica de aparatos útiles e inútiles, representativos del nuevos estatus del éxito del sistema capitalista.

El *manga*, el *anime* y los videojuegos japoneses han sido medios muy poderosos para difundir la cultura *pop* de aquella nación en un considerable porcentaje de los jóvenes, tanto mexicanos como del resto del mundo.

De esta manera, son muchas y muy abundantes las comunidades juveniles influenciadas por la cultura japonesa, pero es sumamente novedosa la comunidad que estudiamos, debido a que no solo en parte recibe la influencia del *anime* y el *manga*, sino también influencias del *postpunk* tales como los *neopunkies* (que establecen un vínculo hacia la cultura *pop*), o los *queerpunks* (comunidades que reflexionan sobre las relaciones de género) y los *alternopunks* (los cuales relacionan sin mayores trabas el punk con el rock). Retómonse al respecto los aportes de María José Hoofft (2008). Decíamos previamente que su característica más distintiva es el uso de los trajes infantiles de la Era Victoriana (Inglaterra, 1832-1901) y las modas de los *dandys* londinenses de la misma época. Esta comunidad llamada las Lolitas (con algunos de sus subgéneros llamados *ghotic lolitas*, *kodonas* y *decoras*) en México convive espacialmente por momentos con otra comunidad juvenil, llamada los *visual kei*. Estos grupos, al decir de Renato Ortiz (1997, p. 57), “[las lolitas y los visual Kei] pertenecen a sistemas de mundialización social y estética, compuestos por un universo habitado por objetos y gustos compartidos a gran escala, los cuales formarían parte de una cultura internacional-popular”. Ellos mismos indagan sobre la desterritorialización de sus símbolos culturales mundiales, los cuales saben que comparten a escala global y también se cuestionan sobre la manera de comprender la territorialización del espacio urbano, teniendo en cuenta cómo generan y sienten sus espacios de encuentro, así como sus trayectos y recorridos, que representan dimensiones afectivas y sensoriales en relación con la ciudad.

A esos códigos culturales añaden la estética que portan y aportan los cantantes de su música preferida y las actividades culturales juveniles que, asimismo, se desarrollan en Japón.

Para las Lolitas el concepto de lo actual tiene que ver con observar al pasado. Por ello retoman elementos de épocas como el rococó o la época victoriana o eduardiana y los combinan con tintes modernos *postpunk*. Asimismo rescatan vestidos infantiles del siglo XVIII y observan muchos comportamientos propios del *dandismo*, entre otros movimientos culturales. Sus posturas eclécticas, manifestadas con apariencias atemporales, logran fusionar diversas modas que acentúan una estética ingenua, que colabora en evadir la dureza de la sociedad actual. Pretenden verse impregnados de buenos modales y de un arte que refleje la belleza interior en el exterior, devolviéndole a este mundo la belleza de épocas pasadas. Las Lolitas son, por lo general, mujeres adultas que sienten como princesas en países de cuentos y, aunque ya son

maduras y albergan todo tipo de experiencias de vida, prefieren devolverse y complacerse en aquella inocencia de la niñez, la imaginación y la positividad de la vida. Transmitir solo belleza e ingenuidad y ver únicamente lo bueno del mundo.

Por ello, aún en una caótica urbe como es la ciudad de México, hallan espacio para ejercer su forma de pensar y de sentir e instalan puntos de encuentro donde pueden visualizar más que su cotidianidad: sus creencias, sus costumbres y, por consiguiente, su arte.

Como ya decíamos, el espacio que se elige es comprendido como escenario y es utilizado de esa manera por el grupo, el cual se representa a sí mismo simbólicamente por medio de objetos y acontecimientos existentes en su interior. Todo ha de poseer una unidad estética que represente el universo simbólico de esa comunidad. Por ello las Lolitas estudiadas en México son la comunidad que asistían esporádicamente los domingos al Parque Hundido, estilando reunirse de día para compartir sus coloridos *picnics*, presididos por bellos manteles sobre los que se sentaban a tomar el té y comer pasteles o panes dulces. Las otras actividades concomitantes eran, desde luego, comunicar información actualizada, observarse unos a otros con sus trajes y conversar temas de exclusivo interés. Este escenario de encuentro estaba acompañado también de pequeños puestos de venta, un mercado a la manera de *tianguis*, desde donde se demostró que no podían sustraerse del todo a la dinámica capitalista. En general, vendían accesorios de “moda Lolita”: *bijouteries*, música, estampas, comida japonesa, dulces, maquillajes, fotos de cantantes, muñecos y ropa; rescatando también la antigua forma comercial del trueque. Más allá de ello, una actividad importante que las Lolitas comparten es la de exhibir sus muñecos y muñecas, con trajes y peinados alusivos a la propia estética aquí descrita.

Entre las características de su comportamiento encontramos que prefieren ellas mismas diseñar sus trajes y cocer sus ropas, para lo cual transforman materiales, telas y accesorios. De esta manera, conocen mucho sobre calidad de los materiales y telas de algodón. Al diseñar sus vestidos combinan los colores de las telas, y agregan vuelos, borlas, puntillas, enaguas, *corsées*, cintas de colores, brillantes, etc. Por momentos sus trajes no condicen con la temperatura ambiente, porque permanecen con apariencia abrigada, vestidos con superposiciones de telas, exhibiendo muy pocas partes del cuerpo. Prestan especial atención al maquillaje, el cual persigue primordialmente rejuvenecer el aspecto; inclusive, cuando es necesario, ocultando uniformemente el rostro, a la manera de las *geishas*. El peinado es también muy elaborado, y ostentan un cabello sumamente limpio. Su calzado casi siempre es de punta redondeada para mantener o destacar el aspecto añorado. Al respecto, una de ellas opina:

Ser Lolita es tener una forma de vida desde que te levantas hasta que te acuestas. No consiste en solo usar ropa y ya está. Es una forma de vida. Siempre tenemos datos interesantes para compartir sobre anime, música, espacios en red. Pensamos que como comunidad urbana estamos creciendo, pero aún nos falta organizarnos más (Marieska, 2009).

Para comprar sus accesorios, asisten al Centro Histórico de la ciudad, donde visitan tiendas de textiles, de calzados, de pelucas, ópticas (para conseguir lentes de contacto de fantasía), *bijouteries*, zapaterías, mercerías, papelerías, tiendas de maquillaje y todos los demás establecimientos comerciales que provean sus requerimientos.

En torno a esto mismo, comentan:

Nosotros no contamos con tanto dinero como los jóvenes en Tokio. Ellos, compran su indumentaria; en cambio la mayoría de nosotros diseñamos y cocemos nuestra ropa. Inclusive en Harajuku los encuentros son semanales y en México tan solo nos reunimos una vez al mes (Evelyn, 2008).

Posiblemente por esta escasez de recursos económicos es que estos grupos se manifiestan un tanto menos en el espacio real y mucho más en el espacio virtual por medio de sus foros de encuentros.

En relación al campo de las decisiones estéticas, gran parte de esta apariencia está enmarcada con una fuerte vinculación a la presencia femenina y andrógina. Al comienzo se observan todos parecidos, en lo personal me representó un gran esfuerzo apreciar las diferencias entre las jóvenes Lolitas, *kodonas* (versión masculina de las Lolitas), *visual kei* y *decoras*. Es posible, sin embargo, inmiscuirse poco a poco en sus estéticas por momentos femeninas, por momentos andróginas, descubriendo cada detalle de la ropa, posición del cuerpo, gestos, peinados, adornos, accesorios, palabras y maneras de comunicarse, sobre todo a la hora de sacarse fotos. Al respecto una jovencita nos dice:

Nosotras las *decoras* somos un subgénero de las Lolitas tan importante como las *gothic* Lolitas. Practicamos el comportarnos y vernos como niñas educadas y cultas, estamos caracterizadas por un vestuario lleno de accesorios, entre los cuales se pueden destacar figuras de Disney® y Hello Kitty®. Una de las actividades preferidas es jugar. Nosotras estudiamos en la prepa [bachillerato]. A veces nos permiten ingresar así a la escuela, pero en general nos piden que no llevemos tantos accesorios. Ya en la universidad vamos a ir como verdaderas *decoras* (Loli, 2009).

Las sociedades modernas están en constante cambio. No es raro encontrar por las calles de las grandes megalópolis a grupos de jóvenes abigarrados con características específicas, con vestimenta que los clasifican y con actitudes y gustos que los identifican. Y aun cuando identificamos a uno de estos grupos urbanos en las Lolitas, no alcanzamos a descifrarlas de una sola mirada, ya que en el mismo momento en que nos damos a la tarea de analizarlas, ellas se encuentran en constante ebullición y ante nuevos objetos de interés. Inclusive cuando pensamos que ya comprendemos los subgéneros que las componen, aparecen otras subdivisiones. Es por ello que este trabajo se encuentra aún en vías de construir un lazo de conexión entre esta subcultura y la ciudad que las alberga.

Espacios convertidos en lugares de encuentro

Esta comunidad se reunía un domingo al mes, en el Parque Hundido. Las actividades centrales, como ya se dijo eran los *picnics* y el *tianguis*. Primeramente se saludaban, conversaban, comían y a veces jugaban y disfrutaban activamente a “las traes”.

En esos días se observan seguras, contentas, recreándose entre sí. Actualmente no asisten al parque y se perciben en estado de itinerancia urbana; ello se debe a que es el cuarto espacio de la ciudad por donde transitan. De dos anteriores ya fueron expulsadas: la explanada del Museo Nacional de Bellas Artes y la Alameda Central; el tercero, el Barrio Chino, no terminó de convencer al propio grupo como lugar adecuado a sus necesidades de encuentro.

Hipóticamente la explanada de Bellas Artes debería ser un espacio que las acogiera, ya que es, por excelencia, uno de los principales escenarios urbanos de la ciudad: es decir, un espacio público donde casi cualquiera puede reunirse socialmente, sobre todo si se tiene el claro propósito de crecer en el tiempo, como comunidad cultural. Hubiera sido, entonces, un espacio que las expone en su totalidad, toda vez que como grupo ellas se piensan y son una construcción social para ser exhibida, fotografiada, videograbada, etcétera.

En una entrevista, preguntamos a un joven *kodona* por qué los habían expulsado. A ello respondió:

Soy *kodona*, que es la versión masculina de Lolita. En marzo o abril del 2008 fue la primer experiencia de encuentro en Bellas Artes, allí fuimos: *kodonas*, Lolitas, *decoras* y *visuales*. Nos sacaron de la explanada de Bellas Artes y también nos corrieron de la Alameda Central. Nos sacaron argumentando que somos contaminación visual, estrafalarios... Somos una subcultura pequeña. Quienes se toman la molestia de conocernos se percatarán de un mar de diferencia con los emos, comunidad con la que nos confunden constantemente.

Después de que nos corrieron de la Alameda Central, nos fuimos al Barrio Chino, allí intentamos varios encuentros, pero para permanecer en ese tipo de lugar o lugares debes consumir. Ahora deseamos estar en el Parque Hundido, parece ser un ambiente poco visible y menos controlado.

Las Lolitas y los *kodonas* somos niños felices, tú haces, tú creas la visión de lo que es para ti una Lolita, entonces cualquier subgénero de ellas se adapta a tu personalidad. Una característica que tenemos en común es que somos casi todos estudiantes universitarios de diseño, arte o comunicación (Moi, 2009).

La explanada de Bellas Artes es un escenario nacional e internacional. Allí serían un acontecimiento efervescente, turístico y multicultural, un verdadero lugar para exhibir y desplegar el esplendor de esta subcultura contemporánea:

Hubiera sido interesante reunirnos en la explanada del Museo de Bellas Artes, ese espacio es parecido al acontecimiento de Tokio en el Puente de Harajuku, lugar donde se reúnen los jóvenes japoneses, un espacio para exhibirse públicamente. Nosotros, por ahora

estamos en el Parque Hundido, huyendo de las personas que nos ven y nos rechazan. Sobre todo de los policías, quienes no nos permiten reunirnos en la vía pública (Moi, 2008).

Como observamos, la espacialidad por donde transitan como comunidad los transforma ya que en el parque sentían protección de las miradas que ejercen control, por ello jugaban y se desplegaban más tranquilas. Posteriormente en los encuentros en cafés, etc., se desenvuelven con más quietud corporal porque ya no corren ni juegan. Desde una definición ideal podemos decir, junto con Fernando Torrijos (1998, p. 35):

El espacio público es aquél que el habitante de la ciudad –habitual o esporádico– puede utilizar sin más limitaciones que ciertas ordenanzas legales y ateniéndose a normas de decoro aceptadas por el conjunto social; no existe allí restricción de paso o de estancia, ni horario de visitas.

Pero en la realidad los espacios públicos muestran sus límites para seguir cumpliendo los mandatos normativos que las teorías de las democracias han depositado en ellos. Las calles, las plazas y otros lugares públicos ya no tienen condiciones para procesar de forma contenedora y negociada los síntomas de la diferencia social, pues cuando la exclusión social se instala en los espacios públicos desestabiliza sus propiedades de apertura, transparencia y tolerancia, y las transmuta en desconexión, ansiedad, control y vigilancia (Makowski, 2004).

La circunstancia de ser vigilados confiere a los grupos urbanos minoritarios una atmósfera inquietante, ya que el espacio público deja de ser un ámbito en que se expresan formas abiertas y fugaces de convivialidad. Este grupo, practicante de las reglas de civilidad, es catalogado de “sospechoso” por tan solo decidir portar una apariencia distinta.

Ello resulta particularmente agobiante para las Lolitas, convertidas en una socialidad difusa, hilvanamiento de formas mínimas, comunidad que va emergiendo a cada momento, un agrupamiento polimorfo e inquieto de cuerpos humanos que solo se observan agrupados en un instante y lugar preciso. Asimismo, su característica de uso de la moda y del espacio público produce desconcierto en los organismos que ejercen el control ciudadano, ya que los movimientos de encuentro de este grupo son impredecibles, y generan de este modo un desconcierto espacial en el momento en que hacen aparición en el medio urbano.

Mientras las Lolitas sufren los avatares de su contexto, en el distrito de Shibuya en Tokio, esta misma expresión cultural es parte de la atracción turística de Japón.

Situado ahora en una de las zonas más bellas y con mayor estatus socioeconómico de la ciudad, el Parque Hundido, como su nombre lo indica, tiene una distribución espacial conformada por desniveles. Ya antes comentamos que la forma de una ciudad puede animar o desalentar a la cultura urbana y la convivencia entre la ciudadanía. Pero específicamente la comunidad de las Lolitas, después de los rechazos y desplazamientos ya relatados, encontraron en el parque un lugar donde sus integrantes pudieron

disfrutar, al tiempo que les permitió el “no ser vistas” (por contar con grandes desniveles). Sirvió el Parque Hundido entonces para comprender varias metáforas. Por un lado, ellas dicen:

El objetivo es que nos reunamos, y que no nos vean... Es un lugar hundido en la tierra, como una sensación de sepultura, sobre todo observando al Parque desde Avenida Insurgentes... Dentro de él nos ubicábamos primero a un lado de la fuente principal, pero estábamos muy en contacto con la gente, ahora nos reunimos al lado del Reloj de las Flores, un espacio no tan hundido y menos circulado por personas (Kodona, 2009).

En México, las Lolitas decidieron reunirse en el Parque Hundido durante casi dos años, en un espacio poco visible, a un lado del “Reloj de las Flores”. Hasta que aconteció un domingo 24 de enero de 2010, un hecho que determinaría un nuevo movimiento espacial del grupo. Ese día en el parque incursionó un grupo de policías femeniles. Permanecieron allí, durante toda la tarde, las rodearon, ingresaron y cuestionaron al área de venta de la comunidad de las Lolitas. También intentaron investigar acerca de la colectividad: momentos en que se reúnen y motivos por los que se hallaban allí, etcétera. Integrantes de la comunidad de los *visual kei* les preguntaron por qué los miraban tanto; las policías respondieron que era “para cuidarlos como ciudadanos”.

Ese domingo fue un momento especialmente tenso para la comunidad: casi no jugaron, muchos de ellos no realizaron sus *picnics* y se fueron temprano. A partir de ese momento, las Lolitas se cuestionaron si el Parque Hundido sería otro de los espacios socialmente sancionados para sus encuentros.

Ellas pertenecen a un grupo social vulnerable, y con ello no nos referimos a su aspecto y comportamientos aññados, sino que son uno de los grupos sobre lo que suele operar avasallantemente la profilaxis social. Son el tipo de grupos que se pueden limpiar, desinfectar y esterilizar del espacio público, sobre todo bajo el argumento de la conveniencia de ajustar determinados espacios a la modernidad o funcionalidad urbana. Como señala Sara Makowski “poseen un cuerpo como superficie de inscripción de la exclusión social y habitan territorios destemplados sobre las miradas de aceptación de la otredad” (2004). Hay entonces un ambiente de soledad y descontrol propio de la urbe, y la ciudad se vuelve generadora de temor; este, a su vez, encarna en los organismos de control que al desconocer cómo actúan estos fenómenos juveniles, temen que se propaguen mediante mecanismos de “contagio social”.

Las Lolitas, por su parte, inquietan. Tienen varias materialidades (manifestadas por sus modas eclécticas y variados gustos), pero lo que más afecta a la policía, como órgano de control estatal, es su presencia espacial conformada por grupos. Los pares, los demás integrantes del grupo, hacen del lugar una evocación de la presencia: de los que son parte, de los que ya no están, de los que van y vienen. El deseo de lugar es al mismo tiempo un deseo de estar con, un deseo de ejercer pertenencia. Ellas y ellos, a querer o no, vuelven un lugar social el lugar en el que se presentan. Por su parte, la exclusión del espacio, les

inspira aires de mayor potencia, adrenalina y crecientes sentimientos de autonomía. Habitan y padecen así la vivencia de un espacio público, no tan público, pero sí con retos y desafíos que los estimulan a oscilar entre la fuerza, la libertad y la atracción.

Las Lolitas, movilizadas en cada uno de sus itinerarios, contemplan la actividad cotidiana de los transeúntes que andan a su alrededor o se cruzan en su camino. La observación casual de los peatones nutre un balance sobre sus propias existencias. Pero ante todo son muy observadas, y por momentos intranquilizan. Al respecto señalaba Virginia Wolf “la intranquilidad urbana es una fuente de energía creadora”. Wolf hacía decir a su Bernard: “...no somos gotas de lluvia que el viento seca. Provocamos el soplo en el jardín, y el refugio en el bosque. Somos diferentes, siempre, siempre, siempre” (2007 [1931], p. 90). Asimismo conviene recordar que con todas las excepciones que se quiera, en el espacio urbano pueden desarrollarse niveles intersticiales e inestables de la práctica de la sociedad, aquellos en los que la proliferación de lo diverso abre constantemente brechas, flujos por los que desertar y marcos para el desacato (Delgado, 2007, p. 259). Ahora bien, a pesar de las exclusiones y vigilancias que afectan a las Lolitas en cuanto a su actividad grupal, la vida en la calle es sin duda el proscenio natural para la emancipación, la redefinición y el cambio, pues son los espacios abiertos de las ciudades, el escenario que ampara, excita e incita a la comunicación humana, los contrabandismos culturales en todas direcciones y la generación de redes solidarias. Ahí afuera, en la calle, al ras del suelo, proliferan transversalidades e hibridaciones que son nuevos motivos para la reconsideración de la razón de existir de las Lolitas. En ese “ahí afuera”, a pesar de todas las vigilancias que las escrutan, las vemos en el espacio público como formas de cohesión espontánea, gestadas en intercambios culturales asimétricos que por momentos hacen tambalear nuestras (u otras) escalas axiológicas. Son una comunidad que va emergiendo a cada momento, un agrupamiento polimorfo e inquieto de jóvenes que solo pueden ser observados en un instante y lugar preciso. Las Lolitas palpitan, pues, su ciudadanía como argumento inagotable para la desobediencia (Delgado, 2007, p. 261).

Conclusiones preliminares

Es necesario pensar acerca de la libertad en el espacio público y hablar asimismo de ello, pues la libre expresión de los derechos ciudadanos en el espacio urbano consolida la propia experiencia de libertad y alimenta esos derechos al tiempo que los protege. La accesibilidad física e intelectual al espacio público es la gran prueba de los valores de una sociedad democrática y demuestra hasta qué punto trabajar por una sociedad integradora promueve la tolerancia y evita el pensamiento radical. Las Lolitas, gusten o no, son una construcción cultural que se diferencia de la mayoritaria uniformidad que porta el común de las personas y, a su vez, son parte de la era de la globalización, compuesta por objetos y gustos que conforman parte de una cultura internacional-popular; en este caso, bajo una fuerte influencia japonesa.

Lo dicho hasta el momento, junto con lo murmurado, lo indecible, o lo pensado sobre la vida de las Lolitas en las calles de la ciudad, es una posibilidad todavía abierta, un conocimiento aún en vías de construcción. Por ello titulamos a este trabajo “La ciudad como espacio escénico de diversos grupos juveniles: las Lolitas”, pues concebimos a la ciudad habitada, como un gran texto que contiene fragmentos de otros intertextos, siempre sujetos a reinterpretaciones, sin llegar a olvidar que tanto las ciudades como sus habitantes cambian en cada segundo del existir.

Las Lolitas son parte de los escenarios urbanos inacabados, abiertos y móviles, que aguardan seguir siendo explorados. Y estamos convencidos de que la ciudad gana cuando estos grupos sociales se hacen visibles ante nuestras miradas, ya que no solo son renovación de la moda citadina, sino un conjunto de aconteceres y fenómenos que junto con la arquitectura y otros muchos factores urbanos, nos revelan la atmósfera anímica de la ciudad contemporánea.

Referencias bibliográficas

- Arenas, J. F. (Comp.) (1988). *Arte efímero y espacio estético*. México, DF, México: Anthropos. (Colección Palabra Plástica).
- Delgado, M. (2007). *Sociedades móviles*. Barcelona, España: Anagrama.
- Eliade, M. (1982). *El mito del eterno retorno*. Madrid, España: Alianza.
- García Vázquez, C. (2008). *La ciudad hojaldre*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- Hooft, M. J. (2008). *Tribus urbanas: una guía para entender las subculturas juveniles de la actualidad*, Buenos Aires, Argentina: Vida Producciones.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona, España: Península.
- Maffesoli, M. (2004b). *El tiempo de las tribus: el ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México, DF, México: Siglo XXI.
- Makowski, S. (2004). *Memoria desde la intemperie: exclusión social y espacio. Los chavos de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México*. Tesis de doctorado. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.
- Martí, S. (2000). *Calle Moneda del Centro Histórico de México. Documentación espacial a través de un video de creación artística*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional Autónoma de México, Academia de San Carlos, México.
- Ortiz, R. (1997). *Mundialización y cultura*. Buenos Aires, Argentina: Alianza Editorial.
- Rapoport, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las Ciencias Sociales con el diseño de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili. (Colección Arquitectura/ Perspectivas)
- Tamayo, S. et al (2005). *Identidades urbanas*. México: UAM-A
- Abstract:** This text focuses on the city as a space that shelters social groups with unusual ways of thinking, feeling and working. Specifically, it presents the results of the observation and interviews of a community of youth from the Federal District of Mexico City called the Lolitas, who are representatives of the new urban groups that belong to social globalization systems. Observation was made of how these youth interact in the urban spaces in which they meet together and in which they themselves provoke varied movements and transitory occupations that give rise to mobile maps. The city of the Lolitas; they form part of the urban-cultural atmosphere that is expressed nomadically.
- Keywords:** City - urban - youth - body - movement.
- Resumo:** Este artigo concentra sua mirada na cidade como espaço que alberga grupos sociais com peculiares formas de pensar, sentir e atuar. Especificamente se observa e entrevista a uma comunidade de jovens do Distrito Federal, México, as denominadas Lolitas, que são representativas dos novos grupos urbanos que pertencem a sistemas de mundialização social. Observamos como estes jovens interatuam naqueles espaços urbanos onde se reúnem e nos quais eles mesmos geram movimentos e ocupações transitórias que originam mapas móveis. A cidade das Lolitas é parte da atmosfera urbano - cultural que se exhibe nómadamente.
- Palavras chave:** cidade - urbano - jovens - corpo - mobilidade.
- (*) **Enrique Bonilla Rodríguez.** Profesor Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Xochimilco. Médico Cirujano, Antropólogo Físico. Estudios de posgrado de Ingeniería Biomédica, Diseño Industrial y Doctorado en Antropología por la ENAH. Desarrollo y patentes de equipos para laboratorio “antropómetro” e “infantómetro somatométrico”, patentados por la UAM y lápiz triangular para Berol. Miembro Sociedad Mexicana de Ingeniería Biomédica, Sociedad Mexicana de Antropología Biológica y exmiembro del comité científico Internacional de la Sociedad Internacional de Ergonomía y de la Sociedad de Ergonomía y Factores Humanos de México. **Sandra Amelia Martí.** Artista visual. Miembro fundadora e integrante desde el año 1993 a la fecha del grupo mendocino Colectivo Minas de Arte. Investiga temas acerca de los “Imaginarios, mitos y diversas relaciones sociales entre el arte, diseño y publicidad”. Participa en espacios de creación, actividades artísticas, gestión cultural, docencia e investigación. Entre 2013 y 2015 fue Responsable del Programa Editorial de Ciencias y Artes para el Diseño en la UAM-Xochimilco, México, donde hoy es docente investigadora en Ciencias y Artes para el diseño.